

Cabal resumen de ese ver la multiplicidad y ser (o estar) en ella, y no ver lo que la trasciende y unifica. Doble filo engañoso de las apariencias.

Es claro que en Luis Oyarzún debemos apreciar ante todo la "información sobre su experiencia estética más que su comunicación en la palabra. El lenguaje queda sujeto a su condición de simple señal en el camino que nos dará acceso a sus vivencias. Sus poemas necesitan, en consecuencia, de una especial simpatía e identificación previas entre el lector y el poeta. Ellos se reducen (no siempre) a una simple formulación de signos indicadores de una experiencia poética que reside enteramente fuera de los versos. Su poesía es, más bien, eco de un vivir poético que desborda el poema y ancla en una relación estética vital entre hombre y mundo.

En esta presentación de intuiciones poéticas asoma a veces un tono conversacional que no puede identificarse con habla cotidiana. Es quizás una agradable, placentera y lúcida conversación sostenida con un hombre altamente sensible. Poesía de días puros o lluviosos, en un andar contemplativo y reposado.

De ahí que el mejor modo de leer esta poesía haya de ser abstrayéndonos del lenguaje y procediendo a recrear en nuestra imaginación los elementos aludidos por el poeta "a través" del verso.

Naturalmente que ello nada tiene de negativo. Acaso pudiera postularse que es ésa la verdadera función de la poesía, más que la elocuencia, más que la expresividad, más que la intensidad de la palabra. Su actitud ante el lenguaje es la del señor ante su lacayo: deberá pasar inadvertido y en ningún caso estorbar. El poema viene a ser así un prístino vaso que deshace su sensibilidad en el agua que cae por sus bordes invisibles.

JAIME GIORDANO.

<https://doi.org/10.29393/At405-91PAJF10091>

*Pacheco Altamirano, Vida y Obra.* Imprenta Universidad de Concepción, 1964.

Arturo Pacheco Altamirano es el pintor de nuestro mar costero; sus cuadros nos descubren ensenadas en que anidan barquichuelos de pescadores y se mueren carcomidos lanchones, playas risueñas en que reposan botes con el vientre al sol y retozan bañistas, pescadores, caseríos de caletas, canastos de peces, mujeres tristes de vestimenta oscura esperando bajo la lluvia, calles típicas de puerto, cielos luminosos o amenazantes de tormenta, luces de atardecer, en fin, un mundo litoral de infinitas facetas, húmedo de agua y de nostalgia.

En su andar viajero por los itinerarios del mundo ha cogido en su tela las luces suaves y el paisaje marino de la costa normanda y los tonos ardientes y el contorno exótico de la India lejana, pero su visión de alma está siempre anclada en un lugar recóndito del Chile austral, pleno de vida, matiz y sugerencia: Angelmó. Los faluchos detenidos en las aguas tranquilas que ondulan destellando luz, nos son a todos familiares. El mar es un tema

de belleza inagotable cuya riqueza Pacheco Altamirano ha sabido aprovechar como los pescadores la abundancia de sus peces. Artista fecundo y trabajador apasionado tiene su alma cogida por el embrujo del mar como en las mallas de una red pesquera. En sus telas nuestro paisaje litoral ha recorrido el mundo con éxito, a parejas con el artista: Buenos Aires, Lima, Washington, Nueva York, Filadelfia, París, Madrid, Bilbao, Londres, Ankara, Ciudad de México, Tokio y Nueva Delhi, han mirado por la ventana enmarcada de sus telas a este Chile marinero y pescador, en sus rincones de ensueño o en la tristeza de sus puertos al atardecer.

No hablaremos de su estilo o de su escuela, que a nuestros ojos de simple aficionado nos parece, a veces, impresionista con avances de mesurada audacia en el camino de modernas tendencias, sino que seguiremos pensando que Pacheco Altamirano es... Pacheco Altamirano.

Su viaje de cuarenta años en el falucho de su paleta multicolor fue sin duda arduo y tuvo, tal vez, oscuros nubarrones; así lo deja entender su biógrafo. Nacido en Chillán en 1905, desde niño fue alentado por una tía monja en sus primeros dibujos escolares. Se encontró con el mar en Talcahuano, a donde vino a residir con sus padres; así, estudia en el Liceo de Concepción y, bajo la paternal sugerencia de don Enrique Molina, realiza allí su primera exposición de dibujos.

Liceo de Concepción 1924, Buenos Aires 1935: primera etapa de este viaje; once años que lo llevan al éxito.

Así tocamos la parte crucial: el difícil éxito del artista... Porque en nuestra tierra el artista que llega a la fama comienza a hacerse sospechoso. Cuando la gloria es póstuma, es indiscutible, pero ¡ay de aquel favorecido por los dioses que triunfa antes de tiempo! Es decir, antes de sus funerales; pasa a la categoría de dibujante comercial. Si pareciera repetirse, la crítica sería implacable, y tal vez justa, porque debe exigirse más del triunfador.

Pacheco Altamirano es sin duda un gran pintor que ha tenido el más completo éxito; en el país y en el extranjero la crítica le ha sido favorable. Ha sido un auténtico embajador de nuestro arte por el mundo. Sus cuadros han sido adquiridos por los principales museos de todos los países y en el nuestro tienen amplia demanda y acogida.

Y todo esto lo ha sugerido un libro salido de las prensas de la Editorial de la Universidad de Concepción que lleva como título *Pacheco Altamirano, Vida y Obra*. Es un libro de arte cuya presentación no es inferior a aquellos impresos en editoriales extranjeras. Me parece que es el primero que se hace en nuestro país con reproducciones de un pintor nacional.

Es una edición trilingüe (castellano, francés e inglés), que contiene una biografía del artista, escrita por Jacobo Nazaré, un poema que le dedicara Pedro Sienna, y 31 reproducciones de cuadros seleccionados por el pintor, que representan algunas de sus obras mejor logradas.

Pacheco Altamirano es un hombre que no olvida; los nombres de los que lo alentaron hacia el triunfo han quedado consignados en su biografía. En la primera página está la dedicatoria a esa tía monja que despertó su voca-

ción y, para imprimir esta selección de sus cuadros, ha vuelto a Concepción, el punto de partida junto al mar, desde donde comenzara su largo viaje de arte.

JORGE FUENZALIDA PEREYRA

*Ricardo Jaimes Freyre*, de EMILIO CARILLA. Buenos Aires.  
Ediciones Culturales Argentinas, 1962 [167 pp.]

Emilio Carilla ha dedicado largo tiempo al estudio del modernismo hispanoamericano y mientras aparece la obra que prepara ha creído conveniente publicar su estudio sobre un autor injustamente olvidado o postergado. "La figura de Ricardo Jaimes Freyre se nos esfuma un tanto en el tiempo, escribe Carilla en el prólogo. Aunque la obra de Jaimes Freyre ha envejecido, hay algo de injusticia en tal perspectiva. En primer lugar, porque no lo conocemos bien; en segundo lugar, porque ni siquiera contamos con un estudio amplio dedicado a su vida y a su obra".

Sin acentuar con exceso el relato biográfico de Jaimes Freyre, lo que lo llevaría por el despeñadero de la "falacia biográfica" (contra la que nos previno Spitzer en el último de sus trabajos, especie de testamento doctrinal leído en Lieja horas antes de su muerte inesperada), el ensayista argentino divide en tres etapas su aproximación al poeta de *Castalia bárbara*. La primera época: Tacna-Buenos Aires; la segunda, Tucumán, donde el poeta pasó veinte años, y, finalmente, "Política y diplomacia", tiempo en que Jaimes Freyre desempeñó, entre otros, el cargo de embajador de su país en los EE. UU. (1923-1927), y en el cual su producción literaria es prácticamente nula.

Al acontecimiento principal de la primera época de Jaimes Freyre, la publicación de *Castalia bárbara*, en 1899, dedica Carilla tres capítulos de su libro (pp. 23-57). Además de precisar problemas relacionados con las fuentes mitológicas tenidas habitualmente como seguras, el ensayista analiza algunos poemas centrales del volumen, como "Aeternum vale", y señala con nitidez los perfiles de la contribución poética del autor boliviano al modernismo, en ese gran momento bonaerense que se extiende, precisamente, desde *Prosas profanas* y *Los raros*, hasta *Castalia bárbara* y la liquidación del siglo XIX. "La poesía de *Castalia bárbara* (...) apareció en su tiempo como una rotunda declaración de "odio a la gastada poesía". En la reacción no todo quedó como elemento vivo, pero no olvidemos lo que realmente perdura dentro de su obra (...). Jaimes Freyre llegó en el momento oportuno para contribuir al triunfo del modernismo y su ofrenda de batalla fue, claro está, *Castalia bárbara*", pág. 55.

Cp. L. Spitzer, "Les études de style et les différents pays". *Langue et littérature*. Acte sdu VIIIe. Congrès de la Fédération Internationale des Langues et Littératures Modernes. Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège. Fascicule CLXI. París: "Les Belles Lettres", 1961, pp. 23-38. Ver especialmente pág. 27.